



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La vocación americana de Alfonso Reyes

Autor: Ortega y Medina, Juan Antonio

Forma sugerida de citar: Ortega, J. A. (1991). La vocación americana de Alfonso Reyes. *Cuadernos Americanos*, 5(29), 58-63.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA VOCACIÓN AMERICANA DE ALFONSO REYES

Por *Juan Antonio* ORTEGA Y MEDINA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

NO HE QUERIDO lanzarme a la calle y, parodiando a Séneca, ponerme a preguntar al ciudadano común que va por la banqueta qué entiende él por identidad cultural, por indianidad y por euro-peidad. He preferido acudir a las cimas de la inteligencia mexicana y seleccionar de los ingentes vértices el que me ha parecido en este momento más a propósito para, si no dilucidar totalmente el problema, cuando menos comprenderlo y aclararlo.

He recurrido por consiguiente a don Alfonso Reyes,¹ el más latino entre las grandezas cultivadas hispanoamericanas, porque la "americanería andante" del gran viajero, literato y diplomático mexicano le permitió ver al hombre de Hispanoamérica como un romano, como un miembro de la latinidad.

Inspirado en el filósofo español Xavier Zubiri, sostiene Reyes la necesidad de incorporar las ideas y hechos de los hombres que desde la época precortesiana hasta la moderna han sido testigos y creadores de la historia mexicana, de nuestro "pasado inmediato", según escribe, así como del presente; porque el estudio de éste es, en cierta manera, la vía para el conocimiento del pasado, dado que dicho presente es el conjunto de posibilidades, de acuerdo con el filósofo, a las que el pasado se redujo a desrealizarse.² Esto podría parecer un trabalenguas o juego de palabras; empero lo que Reyes anuncia y desea es la absorción totalizada del presente (pen-

¹ Nos inspiramos en la antología reyesiana realizada por Víctor Díaz Arciniega, autor del "Prólogo", y por Rafael Gutiérrez Girardot, autor del estudio "La imagen de América", intitulada *Vocación de América*, México, FCE, 1989.

² Rafael Gutiérrez Girardot, "La imagen de América", *op. cit.*, p. 32.

samiento y obras) hispanoamericano fragmentado tras la desrealización del pasado colonial. Unidad de la inteligencia iberoamericana por encima de las fronteras geográfico-políticas. La inteligencia será la fragua de la soñada y deseada unificación continental hispánica, que se manifestará, como hasta ahora, en el campo del pensamiento literario mediante teorías, y en el de la política por medio de los hechos.³

Cuando Reyes se pregunta cómo han de contribuir nuestros pueblos americanos al desenvolvimiento de la cultura, respóndese a sí mismo y nos comunica por este arbitrio que la elaboración cultural ha de tener un sentido internacional, un sentido ibérico y un sentido autóctono. Nos corresponde a todos los hispanoamericanos dialogar en este doble sentido o dirección.

Examinando lo que podríamos llamar el sentido de la autoctonidad, de acuerdo con Reyes, se trata de incorporar los saberes de la humanidad y del humanismo a las grandes masas de indios, y realizar la incorporación —la cual constituye la más alta incumbencia nacional— salvando lo más vivo y valioso de su tradición cultural. No se trata, advierte Reyes, de *jouer a l'autochtone*,⁴ de estimar solamente lo pintoresco y lo folklórico, con peligro de recaer en el *jicarismo*, que el comentarista teme se cultive como expresión exclusiva del alma nacional. Porque el crítico observador no sueña con perpetuaciones absurdas de la tradición indígena. Con la raza de ayer, sin hablar de las sangres, prosigue Reyes, nos une

la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y frágosa; la comunidad asimismo de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural; el choque de nuestra sensibilidad con el mundo cultural forjado por el indio y que contribuye a engendrar en nosotros un alma común; y por último, nos une también la emoción histórica y la emoción estética.⁵

Insistiendo en el punto, Reyes añade que

nos corresponde incorporar las inmensas masas indígenas en el repertorio del hombre, y distinguir finalmente lo que en tales tradiciones hay de vivo y percedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tradición, y los errores, tanteos y

³ Cit. por Víctor Díaz Arciniega, "Prólogo", *op. cit.*, p. 27.

⁴ Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 182.

⁵ *Ibid.*, p. 98.

azares de la naturaleza y de la historia no merecen ciertamente el acatamiento del espíritu.⁶

Lo autóctono, en cuanto herencia a incorporar, es en nuestra América en sentido concreto y conscientemente aprehensible y sensible, "un enorme yacimiento de materia prima, de objetos, formas, colores y sonidos, que necesitan ser incorporados y disueltos en el fluido de nuestra cultura".⁷ Empero, vuelve a repetir Reyes, no todo lo que ha existido debe conservarse, porque hay masas enteras de hechos, actividades y tradiciones que han quedado del todo resumidas, vaciadas de contenido o compendiadas.⁸

En su bellísimo y sintético *México en una nuez*, en el cual todo está históricamente bien acomodado y en donde no se puede decir más en tan breve espacio, Alfonso Reyes exalta la asombrosa sensibilidad artística del pueblo mexicana atribuible a que éste poseía un raro don estético y a la primorosa habilidad de sus manos;⁹ sin embargo, arguye el crítico, "la civilización se hace de moral y de política" y el don del arte pertenece a otro orden libre y sagrado de la vida.¹⁰ Lo que Reyes desea comunicarnos es que en la concepción del mundo de los nahuas faltaba la representación moral, engendradora de tradiciones heredables;¹¹ carecía de la más grande felicidad conquistada por la historia europea, la "fraternidad cristiana" que desde hacía veinte siglos representaba el desiderátum ideal de la humanidad. Es decir que la idea náhuatl de la bondad moral, expresada por las palabras *quáyotl in yécyotl*,¹² lo conveniente o recto (lo no torcido), así como las que expresan la maldad moral, *aquáyotl, in ayécyotl*, concepciones éticas difundidas por los *tlamatinime* o sabios nahuas encargados de aplicar sus luces sobre el mundo, se compadecía difícilmente con ciertas prácticas reprobables como los sacrificios sangrientos. Y escribe Reyes:

Nadie se encuentra ya dispuesto a sacrificar corazones humeantes en el ara de divinidades feroces, untándose los cabellos de sangre y dan-

⁶ *Ibid.*, p. 315.

⁷ *Ibid.*, p. 202.

⁸ *Ibid.*, p. 307.

⁹ *Ibid.*, p. 149.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*, p. 273.

¹² Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1966, pp. 378, 387.

zando al son de leños huecos. Y mientras estas prácticas no nos sean aceptadas —ni la interpretación de la vida que ellas suponen— no debemos engañarnos más ni perturbar a la gente con charlatanerías perniciosas.¹³

Por lo que respecta ahora al sentido ibérico anunciado páginas atrás, Alfonso Reyes escribe que de la herencia ibérica recibida por los pueblos americanos habría mucho que decir.

Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaborada por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.¹⁴

Por otra parte, añade, “la interpretación hispánica de la vida es una función integrante en el descubrimiento de la realidad por la mente”.¹⁵

Tomar partido por lo indio o por lo español es errar en el blanco del futuro; el punto de vista reyesiano consiste en adoptar todo y conciliar todo, “aquello en que no haya conciliación será lo equivocado”.¹⁶ Acudiendo a una de sus bellas imágenes literarias, Reyes se refiere al drama de la presencia española en América como una colisión de hombres o pueblos, de resultados catastróficos para el mundo indígena; fue, nos dice, el choque del jarro contra el caldero, del hierro contra el barro cocido. “El jarro —prosigue— podía ser muy fino y muy hermoso, pero era el más quebradizo”.¹⁷

Durante tres siglos las razas y sangres se fueron mezclando entre las mil peripecias que constituyen la historia, y tras una larga y lenta embriología surgen en el mundo histórico las naciones hispanoamericanas. En la mayor parte de ellas, como ocurre en nuestro México, del choque de las cosas indígenas y de las cosas europeas ha resultado “una mezcla inestable, que aún no acaba de encon-

¹³ Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 203.

¹⁴ *Ibid.*, p. 315.

¹⁵ *Ibid.*, p. 309.

¹⁶ *Ibid.*, p. 212.

¹⁷ *Ibid.*, p. 143.

trar su equilibrio; pero el choque equivale a un segundo nacimiento, a una segunda juventud".¹⁸ Las "aguas latinas" matizadas de españolidad son hasta hoy, según Reyes, las únicas que nos han bañado, y, por tanto, romper el instrumento precioso de nuestra latinidad hispánica equivaldría a quedarnos desarmados en medio de la transformación del mundo. Alfonso Reyes rompe lanzas en favor de nuestra herencia latina, de nuestro espíritu latino, que constituye el centro de todas nuestras exploraciones. De aquí parte Reyes y clava su bandera para que no nos perdamos, como él escribe, "en vagabundeos incoherentes de necio o salvaje antihispanismo".¹⁹ Pide también el latín para las izquierdas porque no ve la ventaja de dejar caer una conquista cultural ya alcanzada por la inteligencia iberoamericana o indohispana en otras épocas, y porque nuestra lengua tiene su origen en la que hablaba y escribía Virgilio —cuya lectura patriótica aconseja. Más todavía mediante el conocimiento y la frecuentación de los clásicos latinos podemos ayudar a la recuperación de la integridad e identidad (unidad en la pluralidad) de nuestra América. Al mismo tiempo, pensaba Reyes, se devolvía a Hispanoamérica una tradición que vitalmente le pertenecía.²⁰

Por último, he aquí una somera ennumeración crítica de las "fatalidades concéntricas" que agobiaban a los hispanoamericanos, fatalidades que ya a quinientos años de distancia, son fantasmas que el viento se ha ido llevando o disipando la luz del día, algunos de los cuales, piensa Reyes, todavía siguen apareciendo por los rincones de América y a los que hay que perseguir y ahuyentar llamándolos por su nombre: "superstición".²¹

1. Prescinde Reyes de la primera gran fatalidad, ser humano, y cita a Sileno-Calderón:

*Porque el delito mayor
del hombre es haber nacido.*

2. Segunda fatalidad, haber llegado tardíamente a un mundo viejo; de aquí nuestra modernidad novomundista.
3. Haber nacido y arraigado en un suelo que no es foco actual de la civilización: ser hispanoamericano.

¹⁸ *Ibid*, p. 346.

¹⁹ *Ibid*, p. 213.

²⁰ Rafael Gutiérrez Girardot, "La unagen de América", *op. cit.*, p. 133.

²¹ Alfonso Reyes, *op. cit.*, p. 278

4. Ser latino o de formación cultural latina.
5. Pertener además al orbe hispánico decadente.
6. Dentro del mundo hispánico, ser dialecto, derivación, cosa secundaria.
7. Además de esto, el *handicap* para la mayoría, por el hecho de haber nacido en zona cargada de indios. El indio como fardo, sin esperanza ni futuro.
8. La fatalidad mayor para nosotros por haber nacido en la peligrosa vecindad de la Unión Americana, nación poderosa, pujante y pletórica.²²

Esto último parecería constituir motivo de desaliento y recelo en lugar de ser, piensa Reyes, además de frente de raza, secreto acaso de nuestra fuerza. Y termina su alegato jurídico escrito en 1936 con este desafío:

Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto, europeos y euroamericanos, os habituaréis a contar con nosotros.²³

²² *Ibid.*, p. 277.

²³ *Ibid.*, p. 308.